

# INTRODUCCIÓN

---

Fermín del Pino-Díaz y Pascal Riviale

Lo que distinguió desde el principio a la comunidad americanista —como en el caso de otras definidas más bien por el área de estudio que por una metodología disciplinar— es un espíritu de «curiosidad exótica» por un mundo particular, el Nuevo Mundo, más o menos alejado del propio. Ello es probablemente consecuencia de la larga estela dejada por el americanismo de siglos anteriores, surgido en un mundo no profesional, de simples aficionados curiosos o, al menos, no exclusivamente profesionales. En parte es lo mismo que ocurrió en el campo orientalista, y es un hecho que algunas sociedades americanistas nacieron de otras sociedades orientalistas (caso francés con la Société d’Ethnographie Orientale et Américaine, fundada en 1859, aludido en el ensayo de Nadia Prévost).

Es así como los pocos especialistas que componían estos grupos inicialmente debieron fiarse de una metodología humanística, basada fundamentalmente en la obtención de informes heterogéneos —publicados o inéditos, casi siempre ajenos—, que ya posteriormente debían ser complementados con una nueva metodología científica a base de interrogatorios precisos preparados por expertos, satisfechos sobre el terreno por otras personas allí desplazadas, aunque también con viajeros especialmente preparados que buscaban obtener una observación propia. El caso español es ilustrativo a este respecto en el período anterior, incluso desde una fecha muy temprana: a las pocas noticias e informes reunidos por la Corona durante la primera mitad del siglo XVI, a base de informes espontáneos de viajeros particulares entrevistados a su regreso luego por sus servidores y funcionarios, les fue sustituyendo poco a poco una información más sistemática obtenida por medio de encuestas a todos los viajeros y conquistadores autorizados, cuyas noti-

cias eran casi «obligados» a ofrecer a la Corona a cambio de las capitulaciones de conquista, o de los cargos oficiales obtenidos (incluso se crea el cargo de «cronista de Indias» y de «cronista mayor», pagado por la Corona). A partir de la segunda mitad del primer siglo de poblamiento, las autoridades que gobernaban desde lejos el inmenso Nuevo Mundo ya se planteaban «compensar» los posibles errores de esas noticias heteróclitas y discontinuas con visitas de expertos al terreno, especialmente a partir de la Junta Magna de 1568. La «visita» de expertos enviados por la Corona terminó formando parte también del sistema de control estatal a distancia de los gobernantes hispanos en Indias: el sustituto de cada cargo sometía a su predecesor a un interrogatorio, admitiendo la denuncia libre de todos los que se sintieran perjudicados por su gobierno. Estas visitas «ordinarias» de los territorios ya controlados fueron seguidas por numerosos viajes terrestres o marinos para completar la cartografía general, así como para el estudio de recursos particulares (mineros, particularmente), destacando tal vez la de expertos botánicos como Francisco Hernández (1571-1577). Su viaje fue, para muchos ilustres sucesores, como el propio Linneo, el primer viaje científico al Nuevo Mundo.

Este proceso de visitas periódicas o extraordinarias se intensificaría durante el período ilustrado, caracterizado en su faceta informativa por un gran número de «expediciones científicas» mandadas a las Américas y a los mares del Sur —tanto por España como por Francia y otros países europeos— con el objetivo de llenar las lagunas de las fuentes anteriores, así como para iniciar el estudio de nuevos problemas. Por lo menos desde la mitad del siglo XVIII, se volvió a reproducir el mismo proceso reformador que en el XVI: se redactaron instrucciones científicas precisas para

los viajeros voluntarios, donde se ponía en duda la veracidad o la amplitud de las fuentes antiguas y en las cuales se insistía en la importancia de los informes producto del trabajo de campo sobre el terreno, refinando la observación directa. Al inicio del siglo XIX, con los movimientos de independencia y el desarrollo multiplicado de los viajes de exploración en las naciones americanas soberanas (promovido tanto por viajeros europeos como criollos), la voluntad de recoger datos de primera mano se hará todavía más marcada.

Esta dualidad, o incluso dialéctica, entre informes indirectos y directos —de segunda o de primera mano— forma parte íntima del desarrollo de los estudios antropológicos, desde muy temprano referidos particularmente al continente americano: dondequiera que miremos a los hitos fundacionales de la ciencia americanista, allí mismo estará presente el valor novedoso del conocimiento obtenido *in situ*, de primera mano, aun cuando se propusieran algunos «innovar» el debate tradicional con nuevas teorías y argumentos retóricos.

Sin embargo, por muy importantes que hayan sido las innovaciones tecnológicas o teóricas recientes —en los relatos sobre las sociedades indígenas, sobre el período colonial o sobre los procesos de independencia; sobre la problemática nacional, la historia social o la llamada «de las mentalidades»— es un hecho que gran parte de la información americanista se recoge y sobrevive en forma de simple texto escrito, sobre papel o sobre otros soportes. No sólo los manuscritos sino los impresos anteriores al siglo XVIII solían, en general, ir desprovistos de imágenes. Evidentemente hay excepciones (algunas aisladas crónicas de Indias, manuscritas o publicadas, y alguna serie publicada de ellas tan importante como la *Colección de Grandes Viajes*, de la familia De Bry en Frankfurt, especialmente famosa por sus finos dibujos en talla dulce); pero lo que caracterizaba a estos dibujos es que «acompañaban» meramente a los mismos textos, ellos mismos presentes en una proporción mucho mayor, traducidos principalmente al latín o al alemán. La misma imagen podía reproducirse en cualquier lengua en que estuviese el relato, y de hecho se ofrecía con el propósito de universalizar la información original.

En este sentido, piensan muchos que la innovación técnica procedente del dibujo a color y la fotografía añadió sobre los textos —a este nivel metodológico inicial del relato informativo— nuevos elementos (epistemológicos, pragmáticos, funcionales) ligados a problemas varios de información y de verificación de los trabajos científicos. Efectivamente, hasta el inicio del siglo XVIII tal vez, las imágenes tenían una función meramente «ilustrativa» (explicativa o decorativa, según los casos); a partir de esa fecha, la imagen

empezó a tener —y, sobre todo, a reclamar— otro estatuto que ofreciese incluso una función de «documentación» o certificación legitimante. El uso de uno o dos dibujantes expertos en las expediciones ilustradas fue en sí misma una revolución importante, equivalente a comienzos del siglo XX a la innovación procedente de la fotografía en la evolución del trabajo de campo (antropológico, arqueológico e incluso museológico y archivístico): certificaban ambos tanto la presencia del autor sobre el terreno como la precisión descriptiva de los relatos. Los «artistas viajeros» del período ilustrado, y después los fotógrafos a partir de la mitad del siglo XIX, renovaron a fondo el género del viaje, y tuvieron por ello una fuerte influencia en nuestra visión inocente e imaginativa acerca del paisaje y de las sociedades americanas, construida sobre estas imágenes «complementarias» del relato.

Otras técnicas iban a aparecer después (a partir del siglo XX): así, se podría mencionar el gramófono para el estudio de lenguas y música tradicional, o la calcografía y estratigrafía de los objetos antiguos hallados en yacimientos. El último grado de esta sofisticación del nuevo soporte informativo, tanto desde el punto de vista informativo como interpretativo, se liga al uso del cine documental o de la informática para nuestro trabajo antropológico. Ello ha dado lugar en nuestros días a algunos debates sobre la importancia comparada de la imagen y del mero sonido ambiental ofrecido por estos nuevos medios frente al texto o palabra hablada, incluso en el cine (subtítulos, voz en *off*, diálogos...). El uso de estos nuevos modos de representación y difusión reclama siempre —inconsciente y casi automáticamente— el logro de una mayor veracidad o precisión de lo que está expuesto (verbal o por escrito). Aparentemente, pues, la nueva técnica de representación gráfica nos permitía en cada caso enfrentarnos de un modo incontestable a la mera realidad de los objetos, y así fue concebido el nuevo uso de la imagen, como representación notarial y certificada de lo «real» (especialmente con la fotografía). Sin embargo, se produce cada vez nuevamente el empate —o el debate emulador— entre ambos soportes informativos e interpretativos: los numerosos estudios realizados por expertos en historia de la técnica fotográfica revelan la frecuencia del «montaje» fotográfico, para lograr ocultar realidades y deficiencias ocurridas en el campo, o incluso meramente para elevar o garantizar la dignidad heurística del testimonio del viajero, resaltando la «frescura» de sus escenas de campo. A pesar de estas constataciones *a posteriori*, la imagen finalmente no se contenta con ilustrar o aclarar un texto: también lo pretende completar, subrayar o matizar; incluso puede tener ella misma un «discurso narrativo» totalmente diferente del texto al que acompaña.

Fue, pues, con el propósito de analizar más en profundidad estos temas relacionados con el uso directo de las fuentes, la recogida de datos sobre el terreno, la producción «literaria» e «iconográfica», etc., que un grupo de colegas españoles y franceses decidimos presentar un proyecto de estudio al Programa Internacional de Cooperación Científica<sup>1</sup> que se ocupase de lo que ha dado en llamarse «senderos iconográficos». Dado el interés de este problema de representación, los americanistas nos quisimos ocupar del largo camino propio recorrido por las imágenes de la realidad americana, no siempre referido meramente a la realidad externa que representan, sino también a la intención de sus usuarios. Es así como nos propusimos contemplar sistemáticamente el uso combinado de imágenes y textos, y para ello nada mejor que organizar, en el marco del 52º Congreso Internacional de Americanistas (Sevilla, julio de 2006), un simposio titulado «De los archivos al trabajo de campo, del texto a la imagen: en torno a la historia interna del americanismo». Queríamos ocuparnos en general de los problemas metodológicos con que se había encontrado el americanismo, referidos especialmente al uso de textos y a su control heurístico, para medir su fidelidad con la realidad social a la que correspondían. Pero, más en particular, deseábamos abordar la dialéctica entre el material recogido en los archivos y en el terreno, así como la evolución sucedida a lo largo de los últimos siglos en cuanto a las técnicas diferentes de reflejar la realidad humana, la dialéctica particular entre textos e imágenes. El presente volumen corresponde a las actas corregidas de ese simposio: desde esta perspectiva las ponencias fueron desarrolladas, documentadas y enmendadas según los comentarios que se hicieron al momento mismo del simposio, o después. Hemos conservado la organización de los textos en tres partes, siguiendo la repartición doble (temática y cronológica) elegida para el simposio. En este sentido, definimos en el simposio convocado los tres ejes siguientes:

- 1) La evolución del estatuto/papel del observador o del recolector de informaciones —antropológicas y de otros tipos— en el proceso de valorización de la

observación directa, por oposición al uso de las fuentes antiguas;

- 2) La imagen y sus varias categorías por oposición al texto (función, producción, innovaciones, etc.) a lo largo del período colonial;
- 3) Lo mismo, referido al período contemporáneo, incluyendo las técnicas más sofisticadas.

La *Primera parte* («De los archivos al trabajo de campo: fuentes, teoría y metodología nuevas») contiene varios análisis de los contextos en los cuales la investigación americanista dio importancia disciplinar al hecho de renovar sus estudios, tanto en la naturaleza de las fuentes empleadas como en las técnicas y los campos disciplinarios movilizados. A este tema le dedican su atención cinco textos, dedicados al americanismo europeo (fundamentalmente hispano-francés) y americano (mexicano y peruano), siempre en el marco del período contemporáneo.

La especialista mexicana Miruna Achim, en el marco de la aparición de nuevas prácticas científicas relacionadas con el movimiento de la Ilustración y de una oposición creciente entre España y sus colonias americanas, muestra cómo un núcleo de científicos y eruditos mexicanos comenzó a explotar nuevas fuentes con nuevos métodos a fin de afirmar su especificidad frente a la metrópoli ibérica. Con este proceso complejo cultural —tanto político como científico— contribuyeron tempranamente estos actores a renovar la problemática científica de la investigación arqueológica, que estaba sólo iniciándose como disciplina americanista.

La investigadora francesa Nadia Prévost Urkidi, también mexicanista, nos muestra por su lado los esfuerzos realizados a mediados del siglo XIX por algunos pioneros del americanismo francés (Aubin, Rosny y, sobre todo, Brasseur de Bourbourg, a quien le ha dedicado su disertación doctoral) por desarrollar una investigación etnográfica e histórica dedicada al Nuevo Mundo. Inicialmente desarrollada esta investigación en íntima relación con los estudios orientalistas, cada uno de estos pioneros usó con énfasis diferentes fuentes diversas (escritas, lingüísticas y etnográficas) del México indígena.

El historiador español del CSIC Leoncio López-Ocón analiza el proceso intelectual original del peruanista Jiménez de la Espada —a quien también le dedicó su disertación doctoral—, mostrando el enorme valor concedido al material iconográfico de que pudo disponer. A partir de su formación académica en ciencias naturales, Jiménez de la Espada se orientó de manera innovadora hacia los estudios histórico-etnográficos movilizándolo conjuntamente artefactos, imágenes y textos antiguos al servicio de un proceso

<sup>1</sup> Programme International de Cooperation Scientifique (PICS) n° 3070 (2005-2007), que privilegia la labor de los grupos nacionales que mantienen lazos internacionales con otros grupos de investigación europeos. Varios de nosotros (Chaumeil, Mongne, Riviale, López-Ocón, Villarías-Robles y Del Pino-Díaz) habíamos disfrutado de una «acción integrada» entre investigadores de España y Francia para estudiar la historia del americanismo durante los años 2003 y 2004; el resultado fue la celebración de un coloquio sobre el tema, publicado por Leoncio López-Ocón, Jean-Pierre Chaumeil y Ana Verde bajo el título *Los americanistas del siglo XIX: la construcción de una comunidad científica internacional* (Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2005).

global consagrado al estudio integrador de la América indígena, contribuyendo por sí mismo a la renovación de un saber americanista positivo en España a fines del siglo XIX.

El investigador peruano David Rodríguez Quispe analiza por su parte la evolución de la visión universitaria peruana de la civilización incaica, tal como se la puede observar a través de las tesis sostenidas en la Universidad Mayor de San Marcos, entre fines del siglo XIX e inicios del XX. Tal vez más que el tipo de fuentes históricas usadas en esos ensayos académicos, lo que revela la evolución notada por el autor es la nueva manera de interpretarlas.

La profesora española Palmira Vélez Jiménez, conocida estudiosa del americanismo en España desde su tesis doctoral, propone un análisis evolutivo del pensamiento científico del conocido historiador Rafael Altamira —y de su uso combinado de fuentes muy variadas— para desarrollar una investigación historiográfica de las Américas distinta de la que se practicaba a fines del siglo XIX, precursora de las tendencias características del XX (combinando el archivo y la experiencia de campo).

La *Segunda parte* del libro («Del texto a la imagen: representaciones gráficas del indígena en la época colonial») está consagrada al estudio de las fuentes iconográficas usadas por los europeos —desde los primeros encuentros hasta el final del período colonial— para tratar de entender e interpretar el Nuevo Mundo. Para ello hemos contado con la participación de media docena de estudiosos (cinco españoles y un brasileño), quienes enfocan la problemática de la imagen europea del indio americano en diversos enclaves (Perú sobre todo, pero también Brasil, Argentina y el trópico americano).

En 1572, el mismo año del fin de la resistencia inca al dominio español en el Perú, el virrey Francisco de Toledo envió al rey Felipe II de España cuatro «paños» que contenían una representación gráfica de la historia del imperio inca. Juan J. R. Villarías-Robles propone aquí un nuevo examen de las circunstancias de producción de esos «paños», así como del valor epistemológico que tienen para el conocimiento de la historia de los incas. Junto con los «paños», el virrey envió también el resultado de unas «Informaciones» sobre el mismo tema que él había encargado, así como una «Historia» del Perú prehispánico, escrita por Pedro Sarmiento de Gamboa. La veracidad de todo este material había sido certificada mediante testigos indígenas. Aunque los «paños» se perderían, el resto del envío ha llegado hasta nosotros y permite hacerse una idea de lo que aquéllos representaban. La certificación de veracidad exigida por Toledo en los tres casos ha dado lugar a largas discusiones sobre el valor de su empeño indagatorio como fuente de información sobre el

imperio inca. Siendo en apariencia una garantía de fiabilidad, la certificación plantea en realidad el problema de lo que se entendía por verdad histórica en una y otra sociedad: la indígena y la española de la época.

Por su parte, María del Carmen Martín Rubio, conocida analista y editora española de nuevas fuentes históricas andinas, aplica su atención al análisis de los famosos dibujos de Guaman Poma, poniéndolos en estrecho —y polémico— cotejo con los datos históricos conocidos hoy acerca de la dinastía incaica y su abrupto final tras el choque militar con la hueste de Pizarro.

Fermín del Pino-Díaz, también estudioso de fuentes andinas, se interesa aquí por la estrecha relación establecida entre un conocido texto histórico hispano y las imágenes emanadas de su traductor alemán, analizando los grabados realizados por Théodore de Bry para ilustrar diversas secciones del libro del jesuita Josef de Acosta. Esta colección (14 dibujos de la historia económica andina, y la religiosa) ha sido muchas veces reproducida hasta ahora, pero ha sido analizada solamente por su intención crítica con respecto a la conquista española, o al canibalismo americano. El autor nos propone un enfoque más fiel a su tiempo y público coetáneo (lector apasionado de noticias americanas) y más interesante para analizar hoy el paralelismo del proceso representativo de la imagen indiana en Europa (eligiendo imágenes que se reclaman explícitamente «deudoras» de los textos paralelos, todos ellos muy difundidos). El autor se pregunta sobre la capacidad etnográfica comparada de ambos soportes de la representación del otro: la imagen gráfica o el texto.

Las muy conocidas pinturas brasileñas de Albert Eckhout corresponden a un período muy particular en la historia de Brasil y en la de la política colonial holandesa. La historiadora brasileña Mariana França, con estudios de posgrado en la Universidad de Amsterdam, interpreta esos cuadros no tanto como una fuente documental sobre las poblaciones brasileñas de aquel entonces, sino más bien como un testimonio de la voluntad política de los holandeses en representar visualmente los éxitos de su implantación colonial en esa parte del mundo, así como de su estética particular.

Por su parte, el historiador del arte Antonio de Pedro Robles, en su análisis comparado de las imágenes producidas durante y después del viaje de Alejandro Malaspina alrededor del mundo (1789-1794), muestra los cambios observados (entre 1789 y 1888) en la manera de representar el encuentro entre los expedicionarios españoles y los patagones, según los diversos artistas y su diversa implicación en los diversos objetivos «representativos» de la expedición. Reflejo de la percepción evolutiva de este viaje, las ilustra-

ciones dibujadas y posteriormente grabadas conocieron también una evolución y alteraciones notables, independientemente de su proceso literario.

Alexander von Humboldt es un viajero paradigmático, representativo de los cambios ocurridos a fines del siglo XVIII en el modo de explorar y observar la naturaleza. El impacto simbólico del sabio prusiano sobre la ciencia americanista, y más ampliamente sobre el conjunto de las ciencias de la tierra, tuvo una influencia duradera sobre los viajeros del siglo siguiente, tanto en la interpretación «global» de los datos recogidos como en la manera de concebir las exploraciones del Nuevo Mundo. El sociólogo español José Vericat, amplio conocedor de las claves intelectuales de la Ilustración alemana, nos ofrece un detenido panorama de su filosofía estética particular, que dotaba a la imagen gráfica del hombre y el paisaje americano en su contexto natural de un papel destacado, por encima de las simples mediciones y descripciones: hasta el punto de haber suscitado varias iniciativas en el gremio artístico —individuales y colectivas, en Europa y América— por trasladar al pincel los escenarios recorridos por el viajero a lo largo y ancho del Nuevo Mundo. Las imágenes por sí mismas, sin necesidad de texto o palabras, serían capaces de ofrecer una descripción fiable de la realidad natural —una *pasigrafía*— al mismo tiempo que de la actitud «intelectual» y espiritual del observador.

La *Tercera y última parte* del libro («La evolución gráfica de la mirada contemporánea: algunos ejemplos») está consagrada al análisis de la nueva producción y circulación de imágenes en los siglos XIX y XX acerca de los otros hombres, del pasado o del presente (etnográficas, antropológicas y arqueológicas). El elemento gráfico ocupa una parte importante en la construcción del discurso científico, y en este sentido la arqueóloga española Susana González Reyero analiza las características de las diversas tradiciones gráficas (tanto con el dibujo o el grabado como en las fotografías) en el marco de los estudios arqueológicos, antropológicos y de ciencias naturales, señalando las diversas funciones representadas en cada uno a lo largo del tiempo.

El historiador de la antropología francesa Pascal Riviale se interesa por la manera como influyó sobre los modos sucesivos de la representación humana —en los estudios etnográficos del Nuevo Mundo de las primeras décadas del siglo XIX— el llamado género «pintoresco». Este fenómeno de carácter fundamentalmente estético tuvo una amplia repercusión sobre el proceso científico y sobre los modos de estudio del hombre tradicional, tanto en Europa como en América, al mismo tiempo que ampliaba su influencia a un público mayor por medio de la prensa y la divulgación literaria de estas representaciones locales del Nuevo Mundo.

Para describir los pueblos indígenas de las Américas fijaron los artistas europeos algunas imágenes estereotipadas, que podemos observar a lo largo de los siglos desde los primeros contactos. Basándose en varios casos (fundamentalmente, representaciones de ruinas arqueológicas y escenas populares de costumbres del área mesoamericana), Pascal Mongne demuestra esta continuidad imaginaria, identificándola como un fenómeno recurrente universal que bien merece el término de «sendero iconográfico» (justamente el fenómeno objeto de atención particular de nuestro grupo de investigación hispano-francés).

Los sistemas de representación iconográfica nunca son neutros, ni científica ni ideológicamente. Con el ejemplo de la imagen del hombre yucateco en un tiempo de larga duración (desde la colonia hasta el presente), el historiador mexicano Iván Valledo Fajardo analiza las interacciones que siempre existieron entre esas imágenes estereotipadas y las posturas ideológicas de sus productores. A continuación, en otro contexto histórico tropical pero de la América meridional, el antropólogo francés Jean-Pierre Chaumeil analiza de modo evolutivo y comparado el uso de la fotografía en el siglo XX en la Amazonia en manos de varios estudiosos franceses, demostrando que, si bien basada inicialmente en hechos locales reales, la foto local obtenida —y mil veces manipulada— no es siempre el reflejo de esa realidad. En este caso vemos cómo, mucho después del dibujo, la fotografía ha servido también para construir y consagrar como cierta una «realidad» imaginada.

Finalmente, la comunicóloga española Dolores Clemente Fernández complementa nuestro panorama iconográfico proponiendo un análisis actual de la relación histórica texto/imagen fuera del campo estrictamente científico, con el ejemplo de las varias adaptaciones al cine de las famosas novelas de Fenimore Cooper: la autora nos permite así entender mejor la evolución y manejo ideológico que se puede observar en la manera de leer e interpretar —del texto novelesco a la imagen cinematográfica— algunos temas claves continentales americanos, claramente fundadores de la identidad nacional en la entonces joven América.

Así termina en el presente nuestra serie variada de casos que iniciamos con las primeras noticias europeas del Nuevo Mundo. Con este recorrido panorámico a lo largo del tiempo y de los varios soportes informativos analizados en una larga docena de contribuciones (texto escrito, dibujo, fotografía y cine) creemos que el lector podrá darse cuenta suficiente de la amplitud y de la diversidad de las posibilidades que todavía se nos ofrecen para interpretar la producción textual e iconográfica en el marco de la historiografía de la antropología americanista. Corrió a cargo de Juan

J. R. Villarías-Robles la supervisión general de la edición. Roberto García Infanzón preparó para la imprenta la práctica totalidad de las ilustraciones. Contando no sólo con este libro sino también con otros trabajos desarrollados desde hace varios años —entre otros, por el Consejo Superior de

Investigaciones Científicas en España y el Centre National de la Recherche Scientifique en Francia—, esperamos abrir nuevos caminos o, por lo menos, proponer algunas otras pistas válidas para la investigación histórica y antropológica del viejo problema de la representación del otro.